

Siguieron descendiendo por un tiempo que parecía interminable, hasta que de pronto salieron a una gran cámara subterránea, mejor iluminada por las numerosas antorchas que colgaban de los muros rocosos. Frente a ellos había otro grupo de criaturas semejantes a las que les habían capturado, aunque algo más altas y corpulentas; vestían túnicas moradas y enarbolaban afiladas lanzas que apuntaban hacia ellos. Sin embargo, lo que más atrajo su atención fue un imponente altar de piedra que se levantaba al fondo de la cámara, formado por un gran pilar cilíndrico de mármol negro rodeado de un amplio círculo de piedras redondas. En la base del pilar había un trono de alabastro y, sentada en él, una alta figura envuelta en un manto negro, cuya caída capucha ensombrecía su rostro.

Una voz profunda y resonante brotó de la figura, mientras se alzaba lentamente de su trono de piedra.

—Saludos, príncipes de Elea.

Casi no se sorprendieron de que les hubiera reconocido, después de todo lo que les había ocurrido en las últimas horas. Tratando de sobreponerse y de parecer sereno, Ástar avanzó un paso hacia el trono.

—¿Eres tú el Oráculo de Nan?

—Yo soy.

—¿Por qué has hecho que nos trajeran aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

El encapuchado no respondió inmediatamente. Permaneció inmóvil y silencioso durante unos instantes, antes de comenzar a dibujar con sus manos unos lentos y enigmáticos signos en el aire. De pronto trazó un violento arco y una llamarada azul brotó en el suelo a sus pies. Sólo entonces, a su resplandor, descubrieron los atónitos viajeros un pequeño pozo de agua oscura que se abría delante de la figura. Ni la más leve onda agitaba su superficie, y las extrañas llamas se reflejaban en ella como en un espejo.

Al resplandor de aquel fuego sobrenatural, el Oráculo comenzó a hablar de nuevo, pero su voz sonaba ahora distinta, como si se hallase sumido en un trance:

—Gran Espíritu que extiendes tu hálito sobre los Mares y las Tierras, sobre el Firmamento y sobre los Abismos, sobre el Pasado y el Futuro; Señor de los Hombres y las Bestias, de la Vida y de la

Muerte; Ojo de Luál, Tú que conoces todo lo que existe y todo lo que está oculto; si ése es tu deseo, habla ahora por la Boca de tu Siervo.

El Oráculo extendió sus manos abiertas hacia arriba, y las llamas azules subieron también hasta casi tocar el techo de la caverna, proyectando una luz fantasmal sobre todos los allí congregados. Las criaturas que los habían conducido hasta allí cayeron de rodillas y pegaron la frente al suelo, mientras los jóvenes permanecían con la mirada hipnotizada en la hoguera mágica que crecía por momentos ante ellos. La figura encapuchada parecía haber crecido ahora, y el agua del pozo situado ante él brillaba cada vez más, como si estuviese absorbiendo la luz de las llamas.

Entonces, al mirar al pozo, descubrieron que había imágenes allí, imágenes que no eran el reflejo del fuego, sino siluetas difuminadas que no podían distinguir plenamente pero que de algún modo les resultaban familiares. Los dibujos cambiantes fueron tomando forma, como si quisieran recomponer un retrato perdido, el retrato de un hombre que conocían bien: el rey Ángon.

—¡Padre!

Casi se precipitaron hacia el pozo. Pero entonces volvió a sonar la voz del Oráculo, recitando en una cadencia musical, tan fuerte y vibrante que quedaron paralizados:

*—La sangre corre en el Trono de Elea,  
brotando desde la Fuente del Destino  
y en Venganza de un Padre por sus Hijos  
ya pronto inundará la Tierra entera.*

*La antigua Espada de nuevo se eleva:  
la lleva un Heredero del Ungido,  
Aquel que un día nos mostró el Camino,  
y con ella cabalga hacia la Guerra.*

*A dos Hermanos que el Poder enfrenta  
la Traición hará entonces Enemigos  
y serán para siempre los Malditos.  
La matanza será su compañera.*

*Un gran Imperio se alza entre la niebla,  
el mayor jamás visto por los siglos,  
sometiendo a los pueblos divididos  
y encumbrando a aquel que lo gobierna.*

*La Guerra de los Hermanos espera.  
Y cuando todo quede concluido  
y el Imperio haya sido destruido,  
será que uno a manos del otro muera.*

El Oráculo calló, y el silencio preñado de presagios pareció entonces más atronador que las turbadoras palabras que acababan de sonar. Sin embargo, las aguas del pozo volvieron a estremecerse, sin movimiento perceptible en su superficie pero removiendo las imágenes que se reflejaban en ellas. Lentamente se aclararon hasta mostrar las cumbres de una cordillera gigantesca, coronada de majestuosas cimas nevadas: los viajeros no necesitaron preguntar para saber qué montañas eran aquéllas; sólo podían ser las Kronán, los picos más altos del mundo.

Entonces un brillo escarlata pareció despertar en medio de las montañas, cobrando más y más fuerza. Pareció como si la escena diera un salto hacia delante, y repentinamente surgió la imagen de una gran espada refulgente, de empuñadura plateada y larga hoja forjada en un desconocido metal rojizo. Una sensación de indescriptible poder emanaba de ella, y por un instante pareció que su brillo lo inundaba todo, apoderándose de sus mentes y sus almas...

De pronto las llamas azules se apagaron y la imagen reflejada en el agua se borró. La voz del Oráculo volvió a sonar, ahora en un frío tono admonitorio:

—He ahí la Espada de Endónor, la Espada Roja del Poder. Para dar cumplimiento a vuestro Destino, debéis viajar en su busca al Norte, hasta el límite de las Tierras Interiores. En la cima de la Montaña Sagrada, encontraréis la Espada. Sólo con ella podréis ganar la fuerza suficiente para vengar a vuestro padre.

Ástar se revolvió como si saliera de un trance para encararse con el Oráculo:

—¿Cómo sabemos que dices la verdad? ¿Quién eres tú para decidir nuestro destino?